

Tayta Santos, un sabio de la cultura Kañaris

Al caer el sol por la cumbre más elevada de Qaqa Chishia (cerro que hierve agua), apu sagrado de Illambe (caserío de Kañaris), mi tayta terminó de deshierbar sus maíces y frijoles en Shankapampa (pampa de espinas), se sentó un rato a contemplar el trabajo que había realizado, mientras revoloteaba una manada de tamya maman (madre de las lluvias) sobre los cielos celestes como si anunciaran algún encargo de los seres tutelares. Él se levantó y extendiendo sus manos exclamó:

—¡Gracias, apu Chishia! ¡Gracias, apu Qasay Cirka (cerro frío)! Hoy lloverá y mis maicitos tomarán mucha agua y tendremos buenas cosechas.

Caminando cuesta arriba, mientras ascendía por Wilu Qaqa (cerro gavilán) y Qinia Pukru (quebrada de los plátanos), recordó que su abuelita Rufina le narraba y contaba hermosas historias de los antepasados y gentiles. Al llegar a nuestra casa encontró a unos niños y niñas que alegremente conversaban con su profesor. Habían llegado de Cajamarca para conocer los paisajes más hermosos de Kañaris; ellos no sabían dónde quedarse y pasar la noche. Mi tayta Santos Mendoza Barrios, más conocido como «Shantito», les dio la bienvenida y les dijo que todos los días que quisieran quedarse con nosotros estarían en la casa. Los niños, alegres, celebraron entre aplausos la hospitalidad de mi tayta Shantito; entonces mamá Julia invitó a todos a sentarse junto a la tullpa (fogata de la cocina) para cenar una rica sopa de shurumbo (sopa de plátanos).

Los niños y niñas eran estudiantes de primaria y estaban visitando el distrito de Kañaris, atraídos por la riqueza cultural, arqueológica y la agrobiodiversidad de los bosques húmedos y montanos de Upay Piteq (lugar donde se oculta el sol). Tayta Shanto, emocionado por recibir niños y niñas de otras regiones, les invitó chicha de maíz en un qishpi (botella ancestral) para que estén a gusto, como en casa. Conversaron y planificaron las visitas a los lugares paisajísticos donde están la fauna, la flora y la arqueología con que cuenta Kañaris. Bebieron la chicha entre bromas y carcajadas, para, al día siguiente, enrumbar a la laguna de Shin Shin (caserío de Kañaris), un lugar de ritualidad y sanación.



Muy temprano, mi tayta, el profesor Jorge, las niñas y niños Natalia, José, Manuel, Sergio, Armando, Esteban, Alfredo, Milagros, Daniela, Karina, Lucía y yo, partimos llevando fiambre de cuy frito, tortillas de maíz, cancha de maíz, asado de yuca y su chicha de maíz. La caminata fue dura y larga. Después de cuatro horas de ir montañas adentro, llegamos a la laguna enigmática de Shin Shin, muy recordada por la leyenda de la serpiente de siete cabezas. Mi tayta, conocedor de las costumbres de los ancestros, tendió un pullu (manta) y ofreció el pago a la laguna con yonque, chicha y hojas de coca, para que el profesor Jorge y los niños y niñas visitantes se sintieran protegidos por los apus del lugar.

El profesor Jorge era el más entusiasta; tomaba fotografías a las bellísimas mariposas que revoloteaban entre las variedades de flores de colores. Natalia, emocionada, dijo:

—Este lugar es un paraíso que los niños deben cuidar y proteger.

Lucía y Daniela se encontraban sentadas sobre una piedra, junto a las aguas de la laguna, y dijeron:

—El agua está helada, muy fría, y hasta los huesitos nos duelen.

Manuel, Sergio y Armando juntaban las hojas de la variedad de plantas que allí había. Mi tayta les contaba que alrededor de la laguna había muchas plantas medicinales que curaban enfermedades que aquejaban a los seres humanos:

—Los kañaris no utilizamos medicina de las postas médicas; tampoco acudimos a los hospitales; nosotros nos curamos y sanamos con las plantas que nos ofrece la naturaleza y la laguna —les comentó.

Tayta Shantito tendió los pullus para hacer una mesa con los alimentos que habíamos cargado durante el viaje, para compartir un delicioso almuerzo en compañía de los niños y niñas visitantes de la región Cajamarca. Mientras todos comían, mi tayta les narró la leyenda de la serpiente de siete cabezas que su abuelito, Rosendo Mendoza Huamán, le había contado hacía muchos años. Al concluir la narración, los visitantes se quedaron sorprendidos con la leyenda;

todos dijeron que no se bañarían en la laguna por temor a que saliera de sus entrañas la serpiente.

Ya de regreso se escucharon voces de animales salvajes, y sigilosamente nos escondimos entre las piedras y los pajonales. Pudimos observar cómo una pareja de osos de anteojos con una de sus crías bajaban de las montañas a beber agua. Estuvimos callados por largo rato y pudimos contemplar la belleza de su pelaje y de su cuerpo. Eran la hora y el día perfectos, porque una bandada de pavas aliblancas, revoloteando, bajaron a beber agua; imágenes que quedaron impregnadas en la mente y el corazón de cada niño y niña, quienes en silencio pudieron observar toda la maravilla que ofrece la laguna de Shin Shin.

Después de descender, unas horas más tarde, les conté a mis amigos y amigas que, en la laguna, además de vivir la serpiente de siete cabezas, también hay peces de colores, sachavacas, majaces, pumas y tigrillos; todos se maravillaban con la riqueza natural que existe en nuestra comunidad. Por la tarde, llegamos exhaustos de la caminata y comimos unos tamalitos con café preparados por mamá Julia; luego nos fuimos a descansar para continuar el viaje al día siguiente.

Nos levantamos temprano para acomodar nuestras maletas, porque saldríamos de viaje cargando todas nuestras cosas en las acémilas que a mi taya Santos le habían prestado. Tomamos de desayuno cancha con queso y su rica agua de hierbaluisa; los visitantes agradecieron mucho a mamá Julia por su amabilidad y cuidados. Salimos rumbo a Walte (flor de un árbol extinto), que era el siguiente destino. Los niños y niñas, muy alegres, iniciaron la caminata por Samana Kuntur (descanso del cóndor), pasamos Atun Yaku (agua grande) y llegamos a Walte, un caserío misterioso en las montañas de Kañaris.

En ese lugar, Anastasio Callaca, un sabio de la zona, nos acogió y después proseguimos nuestro viaje junto con mi taya Santos. Después de unas horas de caminata por las pendientes del cerro, llegamos al apu Kapusa, en cuya cima nos sorprendimos al



encontrar una ciudadela preínga construida con barro y piedras; había chullpas, cuartos, plataformas, algunos restos de osamentas, pedazos de ollas, cántaros quebrados por la excavación de los huaqueros. A este lugar los pobladores lo llaman Qintil Wasin, que quiere decir «casa de los gentiles». Mis amigos y amigas visitantes, maravillados, se tomaban fotos y recorrían cada espacio de la fortaleza.

Anastasio nos narró una historia que a él le habían contado sus abuelitos, hacía muchos años, acerca de este lugar. Cuenta que este pueblo era habitado por gentiles, hombres altos y gordos que se alimentaban de animales; salían en la noche, aprovechando la oscuridad; no trabajaban de día. Se cuenta que en el día dormían y se escondían porque le tenían miedo al sol.

—Contaba mi abuelito que hubo un tiempo en que el sol alumbraba de día y de noche, y los pobres gentiles se murieron de hambre en sus cuevas; otros, al salir, se convirtieron en piedras y cerros elevados — finalizó Anastasio.

Ya en la tarde, bajando del apu Kapusa, encontramos a los gallitos de las rocas, el ave nacional del Perú, y los niños, maravillados, dijeron:

—Kañaris es sorprendente. Pensábamos que esas aves solo vivían en el Parque Nacional del Manu, en Cusco y Madre de Dios.

Milagros y Karina exclamaron:

— ¡Misterioso Kañaris!, estamos encantados de estar conociendo nuevos lugares; la gente es muy buena y amable.

Llegamos, junto con mi tayta Santos, a la casa de Anastasio para pasar la noche y descansar. Al día siguiente salimos rumbo a Kañaris, pasando por Raku Lanchi (lanche grueso, similar al roble). Tayta Santos y Anastasio nos comentaron que este árbol lleva cientos de años vivo, ya que sus tatarabuelos, bisabuelos y abuelitos contaban que a su sombra se sentaban para almorzar después de hacer las faenas de limpieza de los caminos o atun nan

(costumbre originaria que hasta el día de hoy practican los kañaris). Era un lugar de encuentro entre los pueblos de los qicwas (personas de la parte baja de Kañaris) y los washas (pobladores de la parte media), que se reunían para intercambiar productos, como frutas, queso, algodón y lana de oveja.

Después de escuchar las vivencias de mi tayta Santos y Anastasio, continuamos con el recorrido llegando a Upay Piteq, considerado por los sabios como un observatorio lunar o de culto a los astros que realizaban los kañaris en la antigüedad. Sergio, Armando y Esteban, muy preocupados, comentaban que los monumentos arqueológicos tienen que estar protegidos porque son patrimonio de la humanidad. Hacían mención de las enormes rocas de Upay Piteq, ya que fueron pintadas para hacer publicidad a un candidato al concejo distrital de Kañaris.

Llegamos al atardecer, y muy amablemente nos esperaba el señor César Lucero Rinza, sabio de la zona en cuya casa nosotros descansamos. Los lugares por visitar al día siguiente eran Maçay Wachuma (cueva del cactus San Pedro) y Waraq Tushuna Pampa (pampa donde danzan los primeros rayos del sol). César nos explicó que estos lugares eran sagrados y mágicos, motivo por el cual nos iba a acompañar un curandero sabio de la zona.

Al amanecer, una lluvia muy fuerte nos dio los buenos días; los niños y las niñas, asombrados, observaban el relampaguear de los rayos que caían sobre Kañaris. Mi tayta Santos, Anastasio y César nos comentaron que en estas condiciones de la naturaleza iba a ser imposible salir, porque los lugares a los que iríamos se encontraban sobre las pendientes de los cerros.

Desayunamos una sopa de mote con frejoles verdes y su asado de gallina.

—¡Inoluidable! —exclamamos todos.

Mientras la lluvia pasaba, el sabio César Lucero, gran maestro del charango, instrumento característico de Kañaris, entonaba melodiosas canciones en quechua. Los niños y niñas, alegres, regalaban aplausos; muy entretenidos todos ellos. César les narraba también historias del patrón San Juan Bautista, de la construcción de la iglesia, de la celebración de Shapshiku Wanuna (muerte del diablo), que se realiza el último día de todos los años; también acerca del ritual de Qasay Rumi (cerro helado) para atraer las lluvias en temporadas de sequía. Toda esta sabiduría milenaria de los kañaris se está perdiendo.

El silencio de las calaminas anunciaba que la lluvia había dejado de caer; entonces César nos dijo que, después de almorzar, saldríamos a Maçay Wachuma. Encantados, todos saltamos de alegría. En el camino observamos una bella catarata; nos anunciaba que estábamos cerca del lugar a donde habíamos decidido llegar. Los sabios César y Porfirio —el chamán más conocido de Kañaris, que se sumó al grupo— tendieron la mesa de pullus y pidieron un momento de silencio para hacer el pago al apu, para poder ingresar a la cueva.

Me sentí desorientada porque no encontraba por ningún lado cuevas ni grutas; entonces mi curiosidad me llevó a preguntárselo a César, y él, muy silenciosamente, me dijo:

—¿Observas esa cuerda?

—Sí —le respondí.

—Por allí vamos a subir a la cima, porque la cueva está en la parte alta de donde nos encontramos.

Me quedé atónita, sorprendida; solo pensé por un rato: «Qué civilización tan importante somos los kañaris», y me sentí orgullosa de mis antepasados.

César nos indicó que debíamos de trepar con mucho cuidado por la soga, agarrándonos muy fuerte cada uno; y una vez arriba, no había que hacer ruido, porque el lugar era mágico. Subimos todos, y cuando llegamos, la sorpresa fue grande: encontramos una cueva con restos de huesos, ollas de barro, restos de fogones y pintura rupestre; los sabios nos dijeron que posiblemente en esa cueva había vivido el hombre más sabio de toda la población de Kañaris, ya que en la cima de esta montaña existen la wachuma (San Pedro) y plantas medicinales que usan los chamanes para sus rituales de sanación y curación. Impresionados, los niños y las niñas se tomaban fotos y hacían apuntes.

De regreso a la casa de César en Kañaris, los relámpagos y truenos nos anunciaban que las lluvias continuaban; por la noche, la neblina cubrió todo el pueblo y el frío se apoderó de nuestros cuerpos. Despertamos al amanecer y observé la preocupación de los sabios César, mi tayta Santos y Anastasio, porque los cerros habían empezado a caer y bloquear la carretera. Ese día desayunamos preocupados porque mis amigos y amigas tenían que viajar largas horas, y si las lluvias continuaban, era muy difícil que ellos pudieran hacerlo; motivo por el cual conversaron con su profesor Jorge y todos decidieron regresar a su hermosa Cajamarca, muy tristes y apenados por no conocer más lugares del distrito de Kañaris.

Nos despedimos entre abrazos y llantos con la esperanza de que algún día nos volveríamos a encontrar. Mi tayta Santos me cuenta que después de muchos años algunos jóvenes, todos ellos profesionales, llegan a recorrer otros lugares de Kañaris y, gracias a ellos, ahora los turistas llegan y se maravillan de nosotros por nuestra amabilidad, respeto y honradez; conocen un poquito más a los kañaris en la región Lambayeque.

